LA NARRATIVA

La narrativa mexicana y centroamericana

Daniel R. Fernández

La producción narrativa puertorriqueña

Marisa Franco Steeves

Narrativa cubana: el cuento y el relato. La novela de los cubanos

José Abreu Felippe, Luis de la Paz y Uva de Aragón

La narrativa dominicana

Franklin Gutiérrez

Otros narradores hispanoamericanos

Daniel R. Fernández

La narrativa española

Gerardo Piña Rosales

La narrativa mexicana y centroamericana

Daniel R. Fernández

Las primeras manifestaciones

La narrativa mexicana escrita en español en los antiguos territorios mexicanos que ahora forman parte de los Estados Unidos de América tiene por supuesto sus antecedentes en las crónicas y escritos de Álvar Núñez Cabeza de Vaca, fray Marcos de Niza, Gaspar Pérez de Villagrá y otros. Sería, sin embargo, anacrónico incluir a estos dentro de la nómina de los autores mexicanos que han escrito en este país cuando anteceden por siglos a la fundación de ambas entidades, México y los Estados Unidos, como naciones independientes. Estos escritores y sus escritos pertenecen sin duda al período colonial español. Propiamente dicho, solo se puede hablar de narrativa mexicana a partir de 1821, año en que, tras once años de contienda, México logra independizarse de la Corona española. Sin embargo, muy poco disfrutó la República Mexicana de sus territorios norteños; en 1836 Texas declara su independencia para después incorporarse al País del Norte; en 1848, tras una humillante derrota a manos del ejército estadounidense, México se ve obligado a firmar el Tratado de Guadalupe Hidalgo, en el que oficialmente cede a los Estados Unidos aproximadamente la mitad de su territorio nacional (California, Texas, Nuevo México, Arizona, Utah, partes de Colorado, Wyoming, Kansas y Oklahoma).

Son pocas las obras escritas que nos han quedado de este breve período mexicano comprendido entre los años 1821 y 1848. Existen, por ejemplo, las memorias del padre Antonio José Martínez (1793-1867), patriota mexicano y párroco de Taos, Nuevo México. Su *Reacción de méritos,* publicada en 1837, da cuenta de su participación en los grandes acontecimientos y contiendas de su tiempo. Nacido en un territorio español que después pasa a manos mexicanas y luego a estadounidenses, el padre Martínez fue pionero en muchos respectos. Como pedagogo su labor se destaca por haber fundado la primera escuela de enseñanza mixta en Nuevo México. Fue él, asimismo, quien trajo, a principios de la década de 1830, la primera imprenta de Nuevo México, que empleó para publicar libros para la enseñanza (manuales de ortografía, aritmética, etc.), así como varios tratados de teología, política y pedagogía. Hacia principios de la misma década, el padre franciscano fray Jerónimo Boscana, en la misión de San Juan Capistrano, ubicada en lo que actualmente es el condado de Orange, California, termina de escribir su *Relación histórica* sobre los indígenas juaneños. El manuscrito no se publicó, como apunta Luis Leal, sino hasta 1846, en su versión traducida al inglés, en el libro *Life in California,* de Alfred Robinson (1846: 9).

Pero, desgraciadamente, aparte de estos textos y de los que aún quedan por descubrirse, son pocos los escritos que tenemos que nos dan testimonio narrado de aquella época de transición. Sin embargo, si bien la tradición escrita pasa entonces por un momento de infertilidad, no ocurre lo mismo en tanto a la tradición oral, ubérrima en leyendas, mitos, fábulas y corridos. Una reseña de la narrativa mexicana en los Estados Unidos, de hecho, por muy somera que sea, no puede pasar por alto el corrido, género lírico-narrativo de carácter popular cantado en México y en los Estados Unidos desde comienzos del siglo XIX hasta nuestros días. Como el romance español, género del cual decanta, el corrido es una forma literaria en extremo flexible que admite gran variedad de temas; en sus versos octosilábicos de rima asonantada se relatan desde historias sentimentales y crímenes pasionales hasta sucesos y tragedias nacionales, desde las pequeñas fechorías del cuatrero de pueblo hasta las grandes proezas del héroe nacional. De autoría tradicionalmente anónima, el corrido es el registro, la memoria del pueblo, de sus ansiedades, de sus anhelos y desdichas, de sus victorias y derrotas.

En los territorios anexados por el País del Norte, el corrido presenta ciertos rasgos autóctonos que, según Américo Paredes, quizá el estudioso más importante del folclore méxico-estadounidense, emanan de las circunstancias especiales y de la precariedad existencial en las que se encontraba un pueblo mexicano que de pronto se ve marginado en su propia tierra. En corridos como el de Gregorio Cortez, Joaquín Murrieta y tantos otros, el héroe es un mexicano que, viendo sus derechos pisoteados o su honor ultrajado por anglosajones con poder y autoridad, se ve impelido a buscar la venganza por medio de la violencia. El protagonista entonces se ve acorralado por una avasalladora multitud de 'rinches' (*rangers* texanos); mostrando gran arrojo, el héroe logra aniquilar a varios de sus adversarios, pero no sin al final sucumbir ante el numeroso enemigo. '¡Ah, cuánto *rinche* montado, para un solo mexicano!', dice el corrido de Gregorio Cortez. Según Paredes, la trama y las circunstancias presentadas en este tipo de corrido son representativos del estado mental de los mexicanos al verse desplazados y atacados por todos los flancos de su existencia por un pueblo cada vez más numeroso y poderoso que ellos (1979: 13).

Las últimas décadas del siglo XIX

A caballo entre la tradición oral y la escrita se encuentran los testimonios de muchos méxico-estadounidenses que hasta hace poco se desconocían y que aún ahora en su mayoría permanecen inéditos. Más de un centenar de recuerdos, reminiscencias, apuntes, memorias en manuscrito se alojan, por ejemplo, en la biblioteca Hubert Howe Bancroft de la Universidad de California, en Berkeley. La biblioteca lleva el nombre de un comerciante de libros e historiador que durante la década de 1870, con la ayuda de un equipo de entrevistadores y amanuenses, recogió docenas de testimonios orales como parte de la investigación de fondo para su obra *History of California*, publicada en siete volúmenes entre los años 1884 y 1889. Enrique Cerruti y Thomas Savage, los principales colaboradores de Bancroft, recorrieron durante años el estado de California, entrevistando a 'californios', como se les llamaba a los antiguos habitantes de California de habla hispana, y transcribiendo sus historias y testimonios. Entre estos manuscritos de variada extensión destacan los de Eulalia Pérez (*Una vieja y sus recuerdos,* 1877), Apolinaria Lorenzana (*Memorias de la Beata,* 1878), José María Amador (*Memorias sobre la historia de California,* 1877), María de las Angustias de la Guerra de Ord (*Ocurrencias en California,* 1978), Pablo Vallejo (*Notas históricas sobre California,* 1874) y Mariano G. Vallejo (*Recuerdos históricos y personales tocante a la alta California,* 1875). Según Genaro Padilla (1993: 153), estudioso a quien se le debe en gran medida el redescubrimiento y revalorización de estas obras, bulle en estos textos 'una obsesiva y nostálgica tendencia a recrear los días pasados', tendencia natural si tomamos en cuenta que estamos ante un grupo de personas que se vio obligado a vivir en carne propia la ruptura social, cultural, política y económica que supuso la anexión del estado y su incorporación a los Estados Unidos. Despojados de sus tierras y bienes, desbancados de su lugar en la sociedad, burlados por las leyes y las autoridades anglosajonas, que en un principio habían prometido defender sus derechos, los 'californios' no pueden sino sentir las contradicciones de quienes repentinamente se convierten en extranjeros en su propia tierra.

Hacia las tres últimas décadas del siglo XIX empiezan a aparecer en los periódicos hispanos del suroeste de los Estados Unidos poemas, cuentos y novelas por entregas. De estas últimas, la primera de que se tiene noticia, de autor anónimo, lleva el título de *Deudas pagadas*. Publicada en 1875 en la *Revista Católica* de Las Vegas, Nuevo México, la novela cuenta la historia de un soldado español en el norte de África. Por la temática y otros indicios textuales se cree que su autor era español. Seis años después, también en Nuevo México, se publica en un periódico 'La historia de un caminante', o sea, *Gervasio y Aurora* (1881) de Manuel M. Salazar, autor novomexicano que vivió entre 1854 y 1911. La novela, de la cual solo se conservan fragmentos, cuenta las historias amorosas y desventuras sentimentales del joven protago-

nista, Gervasio. De la pluma de otro autor novomexicano, Eusebio Chacón (1870-1948), aparecen en 1892 dos novelas de corte romántico-naturalista: *El hijo de la tormenta* y *Tras la tormenta la calma*. La primera presenta la historia de un bandolero desalmado que azota y pone en jaque a los habitantes de una región. La segunda, cuyo tema central es el honor, da cuenta del triángulo amoroso formado por dos jóvenes, Lola y Pablo, y un personaje de estirpe claramente donjuanesca, Luciano. Como bien lo apunta Francisco Lomelí (1980), estas narraciones ostentan rasgos que las colocan claramente dentro de la tradición de las letras hispánicas. Se cree que, como estas obras, hay otras que aún faltan por descubrirse. En lo que a esto se refiere, hay que aplaudir la ingente labor que desde hace varios años llevan a cabo Américo Paredes, Luis Leal, Francisco Lomelí, Nicolás Kanellos, Genaro Padilla y tantos otros estudiosos que se han encargado de recuperar gran parte de la tradición hispánica literaria del siglo decimonónico que por tanto tiempo había permanecido soterrada.

Comienza un nuevo siglo

Hacia finales del siglo XIX y principios del XX, llega a los Estados Unidos un gran número de intelectuales mexicanos que se exilian en el País del Norte a causa de las convulsiones políticas que azotaron a la República Mexicana. Uno de estos intelectuales fue el periodista Adolfo Carrillo (1865-1926), a quien se le había perseguido, hecho prisionero y luego exiliado por criticar abiertamente al Gobierno del dictador Porfirio Díaz. Al periodista Adolfo Carrillo se le atribuyen las *Memorias inéditas del Lic. Don Sebastián Lerdo de Tejada,* publicada anónimamente en Texas (1889). Esta obra, en la que se ataca al Gobierno de Díaz, tuvo bastante éxito entre los lectores de ambos lados de la frontera a juzgar por las varias reimpresiones que de ella se hicieron en los Estados Unidos y en México. Hacia 1897, Carrillo se afinca en San Francisco, donde establece un taller de imprenta. Ese mismo año aparece la novela *Memorias del Marqués de San Basilisco,* relato con toques picarescos que se le atribuye también a Carrillo. Su obra más conocida, sin embargo, es *Cuentos Californianos* (1922), en la que recoge leyendas e historias costumbristas de California.

La lucha armada que se da para derrocar al Gobierno de Porfirio Díaz y los conflictos que surgen entre las diferentes facciones dentro de la Revolución Mexicana provocan el exilio de muchos ciudadanos mexicanos, que se refugiaron en varias ciudades del suroeste de los Estados Unidos. Perseguido por el Gobierno porfirista, llega a Texas, en la primera década del siglo XX, el revolucionario y pensador anarquista Ricardo Flores Magón (1874-1922), periodista, dramaturgo y narrador, quien al lado de su hermano Enrique (1877-1954) establece en la ciudad de El Paso el periódico *Regeneración*. Unos años más tarde, en la misma ciudad, el célebre novelista Mariano Azuela (1873-1952) daría inicio a lo que después se conocería como el género de la novela de la Revolución con la publicación por entregas de *Los de abajo* (1915) en el periódico *El Paso del Norte*. Al igual que Azuela, también se exilia en los Estados Unidos la otra figura fundadora de la novela de la Revolución, Martín Luis Guzmán (1887-1976), autor de *El águila y la serpiente* (1928) y *La sombra del caudillo* (1929). Uno de los personajes más relevantes de la época, José Vasconcelos (1882-1959), narrador, ensayista, pedagogo y político, también se ve obligado a vivir exiliado durante algunos años en el País del Norte.

Ricardo y Enrique Flores Magón, Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán y José Vasconcelos son, sin duda, las figuras más destacadas de lo que se conoce hoy como la generación del 'México de afuera'. Sin embargo, sería un error pensar que estos revolucionarios exiliados son representativos de la totalidad del grupo en sí. De hecho, la mayoría de los que conformaban este grupo de exiliados distaban mucho de ser liberales y mucho menos revolucionarios. Entre estos había incluso un gran número de porfiristas y otros que estaban descontentos con los cambios que propugnaba la Revolución y se oponían enconadamente a ellos. Según Nicolás Kanellos (1998: 3), entre los intelectuales del 'México de afuera' prima de hecho una ideología de marcado conservadurismo. Desde las columnas de varios periódicos

hispanos, se proponen ante todo proteger al pueblo mexicano, al 'México de afuera', contra toda influencia perniciosa anglosajona. Les interesa la preservación de la religión católica y los valores tradicionales, la defensa de la integridad del idioma español y la exaltación del nacionalismo mexicano.

Uno de los mayores exponentes de este tipo de ideología conservadora es Julio G. Arce (1870-1926), más conocido por su seudónimo, Jorge Ulica, cuyas *Crónicas diabólicas* circularon en un gran número de periódicos del sureste de los Estados Unidos desde 1919 hasta mediados de los años veinte. En sus cuadros de costumbres Ulica narra y comenta con humor e ironía los sucesos del momento y lanza sátiras contra todos aquellos que no se adhieren a sus ideales reaccionarios. Eran víctimas de su desdén y sus diatribas las personas pobres e incultas que hablaban mal el español y, sobre todo, aquellas que se expresaban en lo que para él era la abominación por excelencia, el *espanglish*. Sin embargo, uno de sus blancos predilectos era la mujer moderna y desinhibida de los años veinte, la *flapper* estadounidense, que para él era símbolo máximo de la degeneración moral.

Otro cronista mexicano que hay que destacar es Daniel Venegas, de cuya vida sabemos muy poco, salvo que durante la primera mitad del siglo XX vivió en Los Ángeles, donde escribió varias obras de teatro y también una serie de narraciones costumbristas aparecidas en *El Malcriado*, periódico editado por él mismo durante el segundo lustro de los años veinte. A diferencia de Arce y de tantos otros que despreciaban a las clases populares y se complacían en hacer mofa de ellas, Venegas era mucho más allegado al pueblo y se identificaba con sus luchas y quebrantos. A este autor se le conoce hoy no tanto por sus crónicas, de las cuales se conservan muy pocas, sino por su novela *Las aventuras de don Chipote o cuando los pericos mamen,* que salió a la luz en 1928 en el periódico *El Heraldo de México* de la ciudad de Los Ángeles. La novela cuenta los infortunios de don Chipote, los apuros por los que pasa y lo que tiene que sufrir 'camellando' (trabajando como camello) en Texas, Arizona y California. Al final del relato, deportado, derrotado, humillado y desengañado, el protagonista vuelve a México para estar con su doña Chipota y sus 'chipotitos' y cultivar su parcela de tierra. Cuando, al acordarse de sus andanzas en territorio norteamericano, le llega la añoranza, pronto se desengaña llegando 'a la conclusión de que los mexicanos se harían ricos en los Estados Unidos: 'cuando los pericos mamen', es decir, jamás' (Venegas, 1999: 159). La novela, narrada magistralmente en tono pícaro y jocoso, tiene pues una moraleja muy clara. Con ella, nos dice el autor, no quiere 'negar que algunos paisanos hayan hecho algo en los Estados Unidos, pero estos que podemos decir garbanzos de a libra, son una minoría; en cambio la mayoría solo viene a Estados Unidos a dejar todas sus energías, a ser maltratados por capataces y humillados por ciudadanos del país, los que, una vez que los paisanos llegan a viejos, les niegan hasta el derecho de trabajar para darles de comer a sus hijos' (1999: 20).

De semejante temática había aparecido dos años antes en el sur de los Estados Unidos la novela *El sol de Texas* (1926), de Conrado Espinoza (1897-1977), que en los años veinte trabajó como periodista de *La Opinión* de Los Ángeles y de *La Prensa* de San Antonio. La obra relata las desventuras de dos familias mexicanas, los García y los Quijanos, que, huyendo de los villistas, carrancistas y demás facciones revolucionarias y, en busca de paz y bienestar económico, emigran a los Estados Unidos. Al igual que don Chipote, los protagonistas de *El sol de Texas* solo encuentran discriminación y abusos en el País del Norte. Pero, a diferencia de Daniel Venegas, que se expresa en un español híbrido y experimental y se identifica con los obreros inmigrantes, Conrado Espinoza escribe en un español pulcro y elegante y se distancia de 'la chicanada'. Como nos dice John Pluecker en su introducción a la edición de 2007 de la obra, 'la postura' del narrador de *El Sol de Texas* 'es compleja'. Por un lado, celebra la capacidad de resistencia que tiene el inmigrante mexicano, el trabajador común y corriente, que enfrenta en tierra ajena toda la discriminación y maltrato de los anglosajones. Pero, por otra parte, la postura nacionalista del autor exige de su narrador (y de sí mismo) una actitud de rechazo frente a cualquier inmigrante que decida quedarse en la tierra de los 'gringos'

(p. 7). En su rechazo de la cultura chicana y en su actitud paternalista ante el inmigrante, Espinoza es un claro exponente de la ideología conservadora que propugnaban Julio G. Arce y los demás escritores del 'México de afuera'. Sin embargo, a diferencia de estos, como nos dice Pluecker, Espinoza no cree en la posibilidad de crear y mantener un México fuera del espacio geográfico nacional. Fuera de México, el mexicano pierde su dignidad, se corrompe y traiciona tanto a su patria como a sí mismo. El único camino digno es el retorno. En su novela, los que no vuelven a su tierra son 'los que se quedan rezagados porque se habían empapado en las manchas que caían sobre la raza, de los perdidos entre la canalla que se entregaba al bulegaje y a la miseria, de los que andarían escabulléndose a la ley de que soportarían con la frente baja todas las afrentas' (p. 110).

El auge de la narrativa

Este período de tiempo que comprende las dos últimas décadas del siglo XIX y las primeras tres del siglo XX es una de las épocas más fértiles de la narrativa mexicana escrita en español en los Estados Unidos. Los siguientes tres decenios serán menos feraces en cuanto a la producción literaria en español se refiere, si bien no faltan los autores mexicanos o de ascendencia mexicana que escriben y publican en inglés. Tal es el caso de María Cristina Mena (1893-1965), que publicó narraciones breves en revistas como *Cosmopolitan, Household* y *American Magazine* para un público anglohablante; de Josefina Niggli (1893-1983), autora de la colección de cuentos *Mexican Village* (1945) y la novela *Step Down, Elder Brother* (1948); de Cleofás Jaramillo (1878-1956), autora de la autobiografía *Romance of a Little Village Girl* (1955), y de Mario Suárez, cuyos cuentos aparecieron en la revista *Arizona Quarterly* durante los años cuarenta.

Pero hay que esperar hasta los años sesenta y setenta para que la literatura escrita en español resurja de nuevo con la misma pujanza que alentaba a los escritores del 'México de afuera'. Tal renacimiento brota del seno del movimiento chicano, encabezado en un principio por el activista César Chávez, quien galvanizó a la sociedad civil méxico-estadounidense en apoyo de los trabajadores del campo. Las palabras 'chicano' y 'chicanada' hasta ese entonces se habían empleado peyorativamente para referirse a los inmigrantes mexicanos recién llegados o los campesinos de origen humilde, como se puede constatar en los escritos de los cronistas de la primera mitad del siglo. No obstante, a partir de los años sesenta, el vocablo 'chicano' empieza a adquirir un significado positivo; el ser chicano de hecho se convierte en motivo de orgullo. La palabra en sí es más que mero gentilicio o nombre empleado para designar a cierto grupo étnico. Como nos dice José Antonio Gurpegui (2003: 31): 'A diferencia de otras acepciones del tipo *native-american, asian-american* o *afro-american*..., la denominación de *chicano* tiene una carga ideológica, social y política, que no caracteriza necesariamente a aquellas denominaciones. Se trata de un término que surge con el Movimiento Chicano que estará íntimamente unido al Civil Rights Movement'.

Por lo regular, el escritor chicano escribe obras que reflejan su compromiso con 'La causa'; en ellas denuncia la discriminación y los abusos perpetrados en contra del pueblo mexicano de los Estados Unidos y se adhiere a este en su lucha por la justicia social. Uno de los temas más importantes de la literatura chicana es la exploración y defensa de la identidad; el chicano a veces se siente incomprendido y atrapado entre dos culturas monolíticas que no admiten la hibridez lingüística y cultural. Esta problemática es el eje central de la que se considera es la primera novela chicana, *Pocho* (1959), escrita por Antonio Villarreal (1924), así como de varias otras obras importantes como *Bless Me, Ultima* (1972), de Rodolfo Anaya, y *House on Mango Street* (1984), de Sandra Cisneros, todas estas escritas en inglés.

Si bien muchas de las obras chicanas se han escrito en inglés, algunas de las de mayor relieve se han escrito en el idioma de Cervantes. La primera novela chicana escrita en español es

de Tomás Rivera (1935-1984) y lleva el título de *Y no se lo tragó la tierra* (1971). Mediante monólogos, diálogos, anécdotas y viñetas de marcado sabor rulfiano, el autor representa la dura vida del campesino mexicano en los Estados Unidos. Es difícil saber quién es el verdadero protagonista de la obra, o los campesinos que trabajan en 'la labor' bajo el inclemente sol de Texas, o bien la muerte que los acecha en cada página tras sus múltiples máscaras (asesinatos, suicidios, muertes por insolación, por accidente, etc.). La novela fue editada por la editorial Quinto Sol, que por ese entonces se perfilaba como una de las instituciones más importantes en tanto a la difusión de la cultura chicana.

En la misma editorial, al año siguiente, Rolando Hinojosa (1929-) publica *Estampas del Valle y otras obras* (1972), la primera entrega de una sucesión de novelas que conforman su 'Klail City Death Trip series'. En ella y en *Klail City y sus alrededores* (1976), ganadora del prestigioso premio Casa de las Américas, *Claros varones de Belken* (1981), *Mi querido Rafa* (1981), y en tantas otras, Hinojosa busca darle voz a una comunidad méxico-estadounidense avecinada en Klail City, ciudad ficticia del también ficticio condado de Belken (Texas). La obra de Hinojosa es de difícil catálogo; en ella figuran cientos de voces narrativas que se expresan fragmentariamente por medio de estampas, anécdotas, diálogos, monólogos, epístolas, partes policíacos, informes judiciales, testimonios, artículos periodísticos, anécdotas, poemas y entrevistas. Se trata aquí de llegar a una especie de historia colectiva de un pueblo méxico-texano en constante fricción con el mundo de los 'bolillos' (anglo-estadounidenses).

Dos años más tarde, en 1974, se publica una de las novelas claves de la literatura chicana, *Peregrinos de Aztlán,* de Miguel Méndez, quien se distingue de Rivera y de Hinojosa por escribir exclusivamente en español y por ser autodidacta. En el prefacio el autor, que confiesa escribir desde su 'condición de mexicano indio, espalda mojada y chicano', nos dice lo que sigue: 'Desde estos antiguos dominios de mis abuelos indios escribo esta humildísima obra, reafirmando la gran fe que profeso a mi pueblo chicano, explotado por la perversidad humana. Relegado de la instrucción bilingüe que le es idónea y desdeñado en su demanda de auxilio por la ignorancia de unos, la indiferencia de otros y, más que todo, por la malevolencia de los que pretenden someterlo a la esclavitud eternamente y sostener en el contraste de su miseria el mito de la superioridad del blanco' (Méndez, 1989: 10). Los protagonistas de Méndez son indígenas, vagabundos, prostitutas, drogadictos, desamparados, en suma, la gente que vive marginada en la zona fronteriza. Hay de hecho en la novela cierto ánimo totalizador; Méndez se propone darnos un panorama muralístico del pueblo chicano, de su lucha por la supervivencia. Entre las otras obras de Méndez cabe destacar *El sueño de Santa María de las Piedras* (1986), que mereció los elogios de Camilo José Cela, y *Cuentos para niños traviesos,* refundición chicana del *Libro de Calila y Dimna.*

En 1975 se edita en México la novela *Caras viejas y vino nuevo,* de la pluma del autor californiano Alejandro Morales (1944-). Por medio de un lenguaje neonaturalista y en ocasiones 'tremendista', como bien lo apunta Salvador Rodríguez del Pino, esta obra explora el submundo de la realidad urbana, el sórdido ambiente de la drogadicción y de las pandillas de Los Ángeles (1982: 66). La estructura fragmentaria de la novela y la hibridez lingüística del texto pueden presentar dificultades para el lector tradicional. Uno de los reseñadores del texto, Evodio Escalante (1976: 87) nos dice que 'en efecto, el libro de Morales es otra cosa, y su lectura no puede hacerse, por ejemplo, con el criterio con que se lee una novela de Yáñez, Revueltas, o incluso José Agustín. Un solo hecho basta para colocarlo en otro espacio de lectura: su característica de libro chicano. Es cierto que ha sido escrito en español, o en algo que parece español —de otro modo el editor no diría, con gran desinformación, que se trata probablemente de la primera novela chicana escrita en esa lengua—'. De entre las otras novelas de Morales hay que destacar *Reto en el paraíso* (1982), que cubre más de 100 años de la vida de una familia de terratenientes 'californios' venida a menos a raíz de leyes discriminatorias impuestas por angloamericanos.

Si bien el mundo urbano angelino que nos presenta Alejandro Morales en *Caras viejas y vino nuevo* es un espacio inhóspito y sórdido, no lo es menos el que describe Aristeo Brito (1942-) en su novela *El diablo en Texas* (1976). En esta el autor se propone describir el pueblo tejano de Presidio, que como explicita su nombre es una especie de cárcel. Brito empieza su relato de la siguiente manera: 'Yo vengo de un pueblito llamado Presidio. Allá en los más remotos confines de la tierra surge seco y baldío. Cuando quiero contarles cómo realmente es, no puedo, porque me lo imagino como un vapor eterno. Quisiera también poderlo fijar en un cuadro por un instante, así como pintura pero se me puebla la mente de sombras alargadas, sombras que me susurran al oído diciéndome que Presidio está muy lejos del cielo. Que nacer allí es nacer medio muerto; que trabajar allí es morirse...' (p. 121). Como nos dice Charles Tatum (1990: 1), guarda esta obra una clara semejanza con la novela *Pedro Páramo* y el cuento 'Luvina' de Juan Rulfo. Al igual que Luvina y Comala, Presidio es un pueblo donde no sucede nada, donde reina la muerte y la desdicha, y de donde los jóvenes huyen en cuanto pueden. En Presidio lo único que pueden esperar es permanecer esclavizados al sol y al azadón, a los abusos de don Benito (Ben Lynch), el Pedro Páramo gringo que domina las existencias de los presidianos/presidiarios.

En cambio, el pueblo de Tierra Amarilla que describe en sus narraciones el escritor novomexicano Sabine Reyes Ulibarrí (1919-2003) no podría ser más distinto de Presidio; Tierra Amarilla es, de hecho, una especie de paraíso perdido o, más bien, a punto de perderse. Como nos dice Aguilar Melantzón (1973: 155), 'la mayoría de los cuentos de Ulibarrí presentan como personajes a parientes, conocidos o amigos del autor. Sus textos se caracterizan por un profundo arraigo a la tierra y una sentida nostalgia por el pasado. Regularmente se clasifican dentro de las llamadas narraciones folklóricas'. En libros de cuentos como *Tierra Amarilla* (1971), *Mi abuela fumaba puros y otros cuentos de Tierra Amarilla* (1977) y *El gobernador Glu Glu y otros cuentos* (1988), Ulibarrí se propone la recuperación de una tradición hispánica a punto de desvanecerse: en una prosa altamente estilizada y poética donde lo real se mezcla con lo fantástico, Ulibarrí se propone documentar la historia, el anecdotario, los mitos y leyendas de un pueblo hispano-mexicano cuya fundación se remonta a tres siglos antes de la fundación de los Estados Unidos como nación. Ulibarrí, quien fue estudioso de la obra de Juan Ramón Jiménez y de Benito Pérez Galdós, escribió todas sus narraciones en español y fue en vida siempre acérrimo defensor del idioma de Cervantes en los Estados Unidos.

Lastimosamente, este fervor por la lengua española de la generación a la que perteneció Ulibarrí se ha visto mermado en las últimas décadas. Pese a que Rolando Hinojosa, Miguel Méndez y Alejandro Morales siguen escribiendo y editando sus obras en español, han sido muy pocos los que han seguido sus pasos. De hecho, los autores chicanos que llegan después de esta generación escriben sus obras casi invariablemente en inglés. Entre estos hay numerosos escritores de gran valía e importancia. Sin embargo, en este breve artículo nos hemos limitado a dar cuenta, a grandes rasgos, solamente de los autores que han escrito en español. Para trazar una historia completa de la literatura méxico-estadounidense habría que incluir a autores tales como Juan Nepomuceno Seguín, María Amparo Ruiz de Burton, Jovita González, fray Angélico Chávez, Américo Paredes, Rodolfo Anaya, Ron Arias, María Helena Viramontes, Sandra Cisneros, Gloria Anzaldúa, Cherrie Moraga, Ana Castillo, Luis A. Urrea, Dense Chávez, Dagoberto Gilb, Luis J. Rodríguez, Norma Cantú, Alberto Álvaro Ríos, Ernesto Galarza, John Rechy, Oscar 'Zeta' Acosta, Rubén Martínez, y tantos otros que han escrito y escriben sus obras en inglés.

No podemos concluir este breve recuento sin mencionar al gran poeta y novelista José Emilio Pacheco (1939-), autor de obras tan destacadas como *Morirás lejos* (1967), *El principio del placer* (1972) y *Las batallas del desierto* (1981), quien reside parte del año en los Estados Unidos, donde imparte cursos de literatura hispanoamericana en la Universidad de Maryland. Otra de las grandes figuras de la literatura mexicana contemporánea, Carmen Boullosa, autora de *Mejor desaparece* (1987) y *Son vacas, somos puercos* (1991), lleva viviendo varios años

en la ciudad de Nueva York, donde es profesora de literatura en el City College of New York. No obstante, pese a que vive en dicha ciudad, nos dice Boullosa (2007): 'Mi ciudad sigue siendo la de México, allá transcurren mis imaginaciones, mis memorias y mis vidas imaginarias, aunque a veces, por fuerza de los personajes, tengan que visitar otras latitudes'.

Narrativa centroamericana

Es bien sabido que, pese a haber producido figuras de la talla de Rubén Darío y Miguel Ángel Asturias, la literatura centroamericana se estudia y se conoce muy poco en los Estados Unidos. Como nos menciona el poeta, ensayista y narrador nicaragüense Horacio Peña (1999), 'junto a las grandes naciones latinoamericanas, la literatura centroamericana es la Cenicienta que espera ese toque mágico que la haga abrirse a los profesores universitarios, a las editoriales norteamericanas, demasiado ocupadas y preocupadas con otros países y regiones de Latinoamérica que, por una u otra razón, tienen más visibilidad que nuestra región incógnita'. Si la literatura centroamericana que cuenta con escritores consagrados no se estudia, menos aún se estudia aquella producida en los Estados Unidos por inmigrantes procedentes del Istmo.

No obstante, hay que tener presente el hecho de que la inmigración de esta región de Hispanoamérica es un fenómeno bastante reciente. Si bien siempre ha habido inmigrantes centroamericanos en los Estados Unidos, la gran mayoría ha llegado al coloso del norte hacia finales de la década de los setenta y principios de los ochenta. Muchos de los que llegaron entonces ya empiezan a abrirse camino en el mundo de las letras hispánicas estadounidenses. Antes de la llegada de estos, sin embargo, ya un escritor centroamericano había dejado su huella y había empezado a abrir brecha. Hablamos de Gustavo Alemán Bolaños, periodista nicaragüense que hacia principios de siglo trabajó para el *Diario La Prensa* de Nueva York y el rotativo *The Herald Tribune*. En 1925 este publica *La factoría*, novela en la cual describe la dura realidad del inmigrante hispano en los Estados Unidos. El narrador del relato es un intelectual hispanoamericano que, no pudiendo encontrar un empleo acorde con su preparación y sus facultades, se ve obligado a trabajar como obrero en una 'factoría' donde se confeccionan bolsos y monederos. Según Nicolás Kanellos (2003b), la novela es una sutil protesta hecha contra la deshumanización y la explotación que los trabajadores hispanos se ven obligados a sufrir en los Estados Unidos. Al final de la narración, decepcionado y cansado de trabajar y vivir como 'hombre-máquina', el protagonista vuelve a su país, tal y como lo hace don Chipote en la obra de Daniel Venegas publicada en esos mismos años.

Ahora bien, el caso de Gustavo Alemán Bolaños es insólito. Como se ha dicho antes, la gran mayoría de los inmigrantes centroamericanos llegan a los Estados Unidos en la década de los setenta y ochenta. Emigran al País del Norte huyendo de los conflictos armados que plagaron a los países del Istmo. No es de extrañar, entonces, que ambos temas, la guerra civil y la emigración, tengan un lugar central en la narrativa centroamericana escrita por estos. Tal es el caso, por ejemplo, de la narrativa del salvadoreño Mario Bencastro (1949-), quien en 1989 publicó su primera novela, *Disparo en la catedral* (1989), sobre el asesinato del monseñor Oscar Arnulfo Romero en 1980, arzobispo de San Salvador ejecutado al principio de la Guerra Civil Salvadoreña. Su segunda obra, *Árbol de la vida*, retoma y explora el tema de la guerra civil. No es sino hasta la publicación de *Odisea del Norte,* en 1999, cuando Bencastro se aleja del escenario centroamericano para centrar su atención en la precaria vida de los inmigrantes salvadoreños en los Estados Unidos; los personajes de esta novela, tras haber sobrevivido al peligroso viaje (la odisea) hacia el norte, deben enfrentarse en su nuevo medio a la incomprensión, a la violencia policíaca, a la pobreza y a un sinnúmero de dificultades laborales y existenciales. Hacinados en apartamentos donde se vive en condiciones infrahumanas y se respira el miedo a la 'migra', los emigrantes de Bencastro se ven inmersos en una multitud de problemas de adaptación. De ahí que el tema de la identidad sea una de las

problemáticas centrales de la narrativa de Bencastro. En una de sus obras más recientes, *Viaje a la tierra del abuelo* (2004), dicho sea por caso, el protagonista del relato, Sergio, es un adolescente salvadoreño criado en los Estados Unidos que de repente se ve obligado a emprender el viaje de regreso hacia El Salvador para transportar el cadáver de su abuelo, cuyo último deseo había sido que se le enterrase en su tierra natal. En esta novela de aprendizaje, el periplo, lleno de sobresaltos y peligros, se convierte para el joven en exploración y búsqueda de la identidad y de lo que significa la patria para esta.

Un narrador centroamericano que descuella por la calidad de sus obras y la favorable acogida que el público lector y los críticos estadounidenses le han brindado es el hondureño Roberto Quesada (1962-), quien desde 1989 ha residido en Nueva York, ciudad donde trabaja como representante diplomático de su país ante la Organización de las Naciones Unidas. Su primera novela, *Los barcos* (1988), es una clara denuncia de la explotación que sufren los países centroamericanos a manos de compañías transnacionales estadounidenses. Las tensiones políticas, las huelgas y protestas laborales y la Revolución sandinista de Nicaragua forman el marco ambiental de una historia de amor entre el protagonista, Guillermo, y su novia, Idalia. En otras novelas de Quesada, sin embargo, el centro de atención ya no es la lucha del hondureño por el cambio social en su propio país sino la lucha del inmigrante centroamericano en los Estados Unidos por el éxito profesional y personal. En novelas como *Big Banana* (2000) y *Nunca entres por Miami* (2002), ambas editadas por editoriales españolas, Quesada narra con ironía y humor los chascos y desengaños que se llevan quienes llegan a los Estados Unidos con sus maletas llenas de sueños e ilusiones y se enfrentan a una realidad muy distinta de la que esperaban encontrar.



Roberto Quesada con su libro *Big Banana*.

Hay escritores, sin embargo, cuyas miradas no se han alejado de Centroamérica, donde escenifican casi la totalidad de sus narraciones. Tal es el caso del novelista guatemalteco Arturo Arias (1950-), quien desde hace varios años se desempeña como investigador, ensayista y docente en varias universidades estadounidenses. Sus novelas giran en torno del conflicto armado de Guatemala y de las contradicciones y fracasos de la izquierda de ese país. Hasta la fecha ha escrito las siguientes novelas: *Después de las bombas* (1979), *Itzam Na* (1981, ganadora del premio Casa de las Américas), *Jaguar en llamas* (1990), *Los caminos de Paxil* (1991) y *Sopa de Caracol* (1998). En esta última novela esperpéntica y carnavalesca se ofrece una especie de crítica de quienes defraudaron y traicionaron los ideales revolucionarios.

Los ideales y las contradicciones de la Revolución también tienen un papel protagónico en la obra de la poeta y narradora Gioconda Belli (1949-), quien desde principios de la década de los noventa reside en los Estados Unidos, aunque también vive parte del año en su natal Nicaragua. Entre sus obras de narración se encuentra la novela *Mujer habitada*, sobre la toma de conciencia de una mujer nicaragüense de clase media alta (1988), y la autobiografía

El país bajo mi piel (2001), en la que narra episodios de su vida como madre, esposa, amante, escritora y revolucionaria sandinista.

Hay muchos otros escritores centroamericanos que, si bien son menos conocidos que Mario Bencastro, Roberto Quesada, Arturo Arias y Gioconda Belli, no por ello es menor el empeño con que luchan para que las letras centroamericanas lleguen a tomar el lugar que les corresponde en los Estados Unidos. Cabe destacar aquí la labor de Jorge Kattán Zablah, en cuyas narraciones breves de corte costumbrista se trata de recuperar y reconstruir con humor e ironía el terruño natal. Sus cuentos han aparecido en colecciones como *Cuentos de don Macario* (1999), *Pecados y pecadillos* (2003) y también en la revista literaria *Ventana Abierta,* editada por Luis Leal y Víctor Fuentes, en Santa Bárbara, California. De hecho, en 1999 la misma revista, en cuyas páginas aparecen a menudo obras críticas y de creación de Jorge Kattán Zablah, Rima de Vallona, Horacio Peña, Martivón Galindo, así como de varios otros escritores del Istmo radicados en los Estados Unidos, le dedicó un número especial a la literatura centroamericana. Clara señal es esta del creciente interés que está suscitando la literatura del Istmo en Norteamérica. Lo es también el hecho de que, en octubre y noviembre del año 2002, la American Society haya organizado y auspiciado en su sede de Nueva York una serie de ponencias y encuentros dedicada a la literatura centroamericana. En la serie de actos, que llevaba el título de 'El quetzal que surge de las cenizas', participaron varios de los escritores más conocidos de la región de Centroamérica: el salvadoreño Manlio Argueta, los guatemaltecos Arturo Arias y Víctor Montejo, los nicaragüenses Ernesto Cardenal, Claribel Alegría, Sergio Ramírez y Gioconda Belli, los hondureños Roberto Quesada y Roberto Sosa, y la costarricense Ana Istarú. No cabe duda de que poco a poco la Cenicienta está recibiendo el 'toque mágico' que el escritor Horacio Peña anhelaba, y que la narrativa centroamericana, llevada de la mano de un creciente interés por parte de la crítica y del éxito editorial de varias obras destacadas, se está abriendo paso en los Estados Unidos y en el mundo.